

COMBATE DE TRAFALGAR

Francisco SÁNCHEZ JURADO
Abogado maritimista
Real Liga Naval Española
Asociación de Milicas Navales Universitarias



L 21 de octubre se cumplieron los 200 años del combate de Trafalgar. Pese a que 200 años ya es un dilatado periodo de tiempo, en realidad estamos ante un acontecimiento ocurrido en un pasado tan próximo que podemos afirmar que no se han producido cambios sustanciales en el ser humano —en cuanto a valores, motivaciones y condicionantes— como para que *las circunstancias que llevaron a aquel combate y las que concurrieron en su desarrollo no sean plenamente válidas para el momento actual y, por tanto, susceptibles de repetición o evitables.*

Parece obvio que un desastre de las dimensiones de Trafalgar no deba ser tenido como motivo de celebración; pero, es evidente que *el análisis y reflexión de un fracaso se hacen obligados para no incurrir, en el futuro, en los mismos errores* que nos llevaron a la pérdida de un elevadísimo número de vidas humanas, la pérdida de los más prestigiosos marinos y el comienzo del declive de la hegemonía española en el concierto internacional.

No es mi intención hacer un extenso estudio sobre Trafalgar, ni mis conocimientos justifican adentrarme profundamente en el tema; pero sí que quisiera poder exteriorizar mis sentimientos e inquietudes.

La primera reflexión conduce a *pedir a Dios por las almas de aquellos marinos que, con tanto honor, generosidad y valor, se sacrificaron y murieron en Trafalgar.*

Una segunda reflexión, íntimamente ligada con la anterior, es el sentimiento de *profundo agradecimiento —por su entrega ilimitada— y reconocimiento —por su valor y fidelidad— a quienes, sirviendo en la Armada, dieron todo —hasta su vida— por la sociedad de su tiempo.*

Lección la de aquellos marinos que, en nuestro tiempo actual, debe traducirse en el *agradecimiento a cuantos, formando hoy parte de las Fuerzas Armadas, han dado su compromiso de servicio con la sociedad, para entregarnos todos sus sacrificios —igualmente que aquellos marinos de hace*

200 años— sin límite alguno, *como comprometieron en su juramento*, hasta dar la última gota de su sangre.

Los que trabajamos en distintas ocupaciones nos esforzamos en cumplir y en servir, nos sacrificamos y estamos sujetos a determinados riesgos profesionales; pero, es evidente, que en ese servicio nos comprometemos hasta determinado límite, pero nuestro compromiso, a diferencia del de los militares, no llega a darse nuestra integridad física, ni nuestra vida.

Por tanto, con la vista puesta en Trafalgar y en el ejemplo que nos dieron aquellos hombres, constatando que su juramento no fue una mera fórmula, sino un *compromiso cierto y firme, y que, efectivamente, cumplieron con lo jurado* —dando, miles de ellos, su propia vida—, concedamos, los hombres del siglo XXI, un «plus» de reconocimiento a los que hoy, formando parte de nuestras fuerzas armadas, se instruyen y viven el mismo espíritu que los hombre de Trafalgar y no dudan en ofrecer su sacrificio y hasta la propia vida por y para los que formamos la sociedad y en defensa de los valores comúnmente aceptados.

Deber, nuestro, que se ha de traducir no sólo en el reconocimiento social de la profesión, sino también mediante retribuciones adecuadas al grado o nivel del servicio que nos ofrecen —con ese plus que comporta el mayor sacrificio—, así como dotarlos de los medios que precisan para el más eficaz desempeño de sus obligaciones.

Otra reflexión que me hago es en relación con alguna de las causas del fracaso de Trafalgar. *Contábamos con los mejores marinos* de Europa —hecho sobradamente conocido— pero, pese a su extraordinaria calidad, también era cierto que varios de ellos *no tenían experiencia integrados en una flota y, por otro lado, buena parte de las tripulaciones eran inexpertas* —muchos reclutados a última hora, sin la menor formación marinera—.

La lección que hemos de extraer nos lleva a hacer una *llamada a nuestros gobernantes para que posibiliten, por un lado, la más perfecta formación de los oficiales* —no sólo humanística y técnica, en las que los marinos que combatieron en Trafalgar andaban más que sobrados— en el *mando efectivo de unidades* y su *integración en agrupaciones de combate* y, de una manera especial, garantizar la *efectiva cobertura de las dotaciones*, con hombres de la mayor valía y cualidades, y su más esmerada preparación y adiestramiento, para hacer frente a cualquier eventualidad.

Los almirantes, jefes, oficiales, suboficiales y marineros no se improvisan ni se forman de la noche a la mañana. Precisamente, una de las claves del éxito de la flota inglesa fue el nivel de adiestramiento —marinero y de combate— de las dotaciones de sus barcos.

Nueva reflexión sobre otra de las causas del fracaso en Trafalgar es en torno a la falta de preparación de nuestra Armada ante la declaración de guerra por parte de Inglaterra y a la actuación de Francia, que nos arrastró al conflicto.

Ante la imprevisible situación —*llevábamos años sin nuevas construcciones*—, nuestros barcos adormecían en los arsenales, en un estado de general abandono, no mantenidos, no alistados, no pertrechados, no dotados de los medios más avanzados para su época y con mandos y dotaciones no adiestrados en el combate ni en la actuación integrada en una flota. Barcos que, por otro lado, eran de procedencia heterogénea, unos más nuevos y otros antiguos; de manera que, al tener un comportamiento marinero y ofensivo de muy distinta entidad, resultaba claramente que no podían formar un bloque homogéneo y, por tanto, era imposible su actuación combinada, hasta tal punto que al realizar una maniobra se demoraba y dificultaba la agrupación y el mantenimiento de la línea de combate.

Lo sucedido no fue un fracaso de la Armada, sino un fracaso global de la sociedad de la época, autora de los condicionantes que llevaron al conflicto y al resultado del combate.

Los conflictos se suscitaban y se suscitan, de manera impensada, con extraordinaria celeridad; de ello la actual necesidad de previsión —mediante permanentes estudios estratégicos que analicen las situaciones económicas y sociales susceptibles de generar tensiones con potencialidad para derivar en conflictos; mediante mecanismos de diálogo y negociación y, también, con la utilización de medios de disuasión—, lo cual hace imperativo que tengamos siempre a punto los *medios materiales y humanos, disponibles para una pronta y eficaz intervención*. Todo, ya sea en defensa de nuestros intereses más directos, o bien implicados en defensa de nuestros aliados, en cumplimiento de los tratados que nos involucran.

El recurso a las armas ha de ser la excepción, cuando fallan todos los demás mecanismos; pero, a la vez, la preparación de unas sólidas y eficaces fuerzas armadas condiciona la negociación y el diálogo, llevando a soluciones que, de no existir el temor al conflicto, no se alcanzarían y, por tanto, el conflicto se precipitaría.

En innegable que hoy se ciernen sobre nuestra sociedad unas *amenazas ciertas* derivadas de la *escasez y distribución de las materias energéticas* —con repercusiones no sólo para las grandes empresas petroleras, sino con una incidencia directísima para nuestra economía y, por ende, para el bienestar y derechos sociales de todos los ciudadanos de un país o de una extensa área geográfica—, tremendas *competencias comerciales* —por la aparición y desarrollo de nuevos centros de producción, que afectan a determinados sectores de la economía, al cierre de empresas, a la deslocalización y al paro—, tensiones por la existencia de *extensas regiones en las que prevalece el hambre, el subdesarrollo y la injusticia* —con creación de importantísimos *movimientos migratorios*—, la aparición de *integrismos religiosos* —alentados por palabras imprudentes o meditadas de dirigentes políticos o religiosos— que afectan a zonas importantísimas de nuestro planeta de un innegable valor estratégico, el desarrollo del *terrorismo internacional organizado* —del que



Batalla de Trafalgar. (Grabado de la época. Biblioteca Nacional, Madrid).

ningún país se está librando— y dirigido a una finalidad preconcebida. Todo ello implica que, sin la menor duda, en todo momento, sin el menor vacío y sin pensar que «hoy no hay riesgo y si algo sucede ya veremos de solventarlo en su momento», *contemos con unas fuerzas armadas modernas, bien dotadas, bien retribuidas, adecuadamente motivadas por la sociedad a la que sirven, perfectamente adiestradas, con utilidad de elemento disuasor a cualquier intento de alterar el orden existente y, si fuera lamentablemente preciso que, con eficacia y resolución, con el menor coste humano y material y en el menor tiempo, restablecieran el orden vulnerado.*

Lo anterior me trae a la memoria tantos y tantos históricos planes de flota, perfectamente diseñados, pero recortados una y otra vez, hasta llegar a un número de construcciones realizadas tarde, insuficientes e inadecuadas para hacer frente a la necesidad del momento.

Lo únicamente eficaz es la planificación y ejecución, pero la improvisación y el valor no son la solución, sino la ayuda puntual y excepcional; de lo contrario, sólo se llega al fracaso —del que son muestras Trafalgar, Cuba y Filipinas, en las que hubo derroche de valor e improvisación y una carencia absoluta de planificación y ejecución—.

Ciertamente que Trafalgar ha sido calificado como un combate evitable y de un resultado intrascendente —para los que no valoran la inestimable pérdida de tantas vidas—; pero su valor —no ya el de 1805, sino en nuestro momento actual— debe ser el de la consideración de respeto, admiración y

agradecimiento para los marinos que perdimos, el ejemplo que nos transmitieron, la imagen que nos mostraron de lo que fue y sigue siendo un marino y el obligado análisis de la situación que precedió al combate, a fin de que los mecanismos de que dispone la actual sociedad corrijan, en lo menester, no sea que estemos en análogas circunstancias que en 1805 y, de suscitarse un conflicto armado —Dios no lo quiera—, sólo nos quede el honrar a los que se sacrificaron y no el celebrar la victoria.

Siempre se ha hablado de que los ingleses han sido unos excelentes marinos. Pues bien, sepa el lector que después de un combate, pese a que hubieran vencido los barcos ingleses, siempre se sometía a consejo de guerra a los almirantes de la flota o a los comandantes de los barcos. Consejo de guerra que no era para sancionar al vencedor, sino para analizar todas las circunstancias del combate, a fin de mejorar barcos, armamento, estrategia y doctrina, para garantizarse un mejor resultado en futuros encuentros.

Por tanto, aprendamos de la Historia, sobre todo si es tan reciente como los hechos de Trafalgar, en la plena convicción de que el combate nos ofrece un *inmenso caudal de enseñanzas*. *Un hecho tan importante y el ejemplo de tantos marinos no pueden caer en saco roto. Hagamos un juicio crítico, extraigamos conclusiones y actuemos consecuentemente.*

El mayor honor y reconocimiento a Gravina, Churruca y Alcalá Galiano —y a tantos, hasta el último marino— será que hoy, a los 200 años, saquemos provecho de su sacrificio que, a modo de mensaje, nos sirva para rectificar cuanto sea menester para no tropezar en la misma piedra.

Pensemos, por otro lado, que el éxito no hay que buscarlo en la realización de un gran esfuerzo en material, o en una extraordinaria preparación de los hombres. El éxito está en la sensatez de los planteamientos y en el cúmulo de no tan importantes esfuerzos, sino en la concurrencia de pequeños detalles que, como en Trafalgar, fueron decisivos para la flota inglesa.

Éstas son mis reflexiones, reafirmadas tras la celebración de las Jornadas sobre el combate de Trafalgar, celebradas en Barcelona por la iniciativa entusiasta del contralmirante Jaime Rodríguez Toubes, director del Instituto Español de Estudios Estratégicos, y con el apoyo de Leopoldo Stampa, director general de Relaciones Institucionales de la Defensa, jornadas que nos han dejado firme e imborrable recuerdo en nuestra memoria de lo que aconteció en Trafalgar, y el honor, valor y fidelidad de nuestros marinos, permitiéndonos extraer la mejor lección, para ahora y para nuestro futuro.

